



Revista Pueblos y Fronteras Digital

ISSN: 1870-4115

pyf_dir@unam.mx

Universidad Nacional Autónoma de
México
México

Tipa, Juris; Viera, Merarit
Significaciones de lo juvenil a través de la música como experiencia de ocio en dos
contextos fronterizos en México
Revista Pueblos y Fronteras Digital, vol. 11, núm. 22, diciembre, 2016, pp. 43-67
Universidad Nacional Autónoma de México
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=90648638003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Significaciones de lo juvenil a través de la música como experiencia de ocio en dos contextos fronterizos en México

Significations of Youth Through Music as a Leisure Experience In Two Border Contexts in Mexico

Juris Tipa

Doctor en Antropología Social por la Escuela Nacional de Antropología e Historia,

email: juris.tipa@gmail.com

Merarit Viera

Doctora en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco,

email: merarit.sij.unam@gmail.com

Resumen:

Mediante relatos y narrativas de jóvenes desde dos contextos fronterizos mexicanos: Tijuana (Baja California) y San Cristóbal de Las Casas (Chiapas), buscamos describir y examinar el sentido y el significado de ser joven a partir de experiencias de ocio asociadas con la producción y el consumo de música. El artículo se basa en tres dimensiones reflexivas: la primera relacionada con la construcción de juventud como categoría de análisis situada sociohistóricamente; la segunda, con la articulación entre juventud y ocio; y finalmente, la tercera, con la música como una experiencia de ocio juvenil. De esta forma ponderamos las nociones de juventud enfocados en la comprensión de las realidades heterogéneas de jóvenes mexicanos.

Palabras claves: jóvenes, juventud, experiencias de ocio, música.

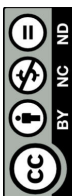
Abstract:

Through the stories and narratives of young people in two different Mexican border contexts: Tijuana (Baja California), and San Cristóbal de Las Casas (Chiapas), this article attempts to describe and examine the sense and meaning of being young through leisure experiences associated with the production and consumption of music. This article is based on three reflexive dimensions: the first involves the theoretical construction of youth as a socially and historically contextualized analytical category; the second one involves the link between youth and leisure; finally, the third dimension focuses on music as a leisure experience among the young. This article reflects upon the notions of youth, focusing on understanding the heterogeneous realities of young people in Mexico.

Keywords: youngsters, youth, leisure experience, music.

Recibido: 12/06/2016

Aceptado: 10/11/2016



Introducción

El presente trabajo surge desde dos investigaciones particulares: una sobre jóvenes rockeras en Tijuana (Viera 2015), y la otra sobre los consumos y gustos musicales de jóvenes estudiantes de la Universidad Intercultural de Chiapas (Tipa y Zebadúa 2014), situada en San Cristóbal de Las Casas. Mediante un diálogo reflexivo este estudio surge como una necesidad de complejizar y comprender las experiencias que conforman el ser joven en la actualidad en México. Para poder vislumbrar la aguda heterogeneidad de la juventud mexicana, consideramos muy fructífero elegir casos que geográficamente están situados en los polos contrarios de México: uno en la frontera norte y el otro en la frontera sur. Además, no solo se trata de fronteras físicas o políticas, sino también culturales. Comparando ambos contextos, reconocimos puntos en común entre estos que permiten pensar en lo que entendemos por la juventud en actualidad. Asimismo, describimos su correlación con las experiencias de ocio en el contexto de la música y visibilizamos algunos de los «ingredientes activos» de los mundos juveniles.

Las rockeras y los estudiantes son jóvenes que producen sus significados a partir de condiciones particulares. En este caso vamos a priorizar las condiciones de género y de etnia. Es importante subrayar que tanto Tijuana como San Cristóbal de Las Casas son contextos fronterizos también por la constitución simbólica que atraviesa sus realidades, sobre todo en función de las líneas que dividen, diferencian y asemejan a las y los sujetos colectivos y/o culturas. En este sentido las fronteras culturales de las ciudades también generan fronteras colectivas e individuales.

Las personas jóvenes como actores sociales conforman experiencias de ocio particulares que los identifican no solo frente a un mundo adulto, sino también entre sus semejantes. En ese sentido, Carles Feixa (1999) asegura que las experiencias sociales juveniles son expresadas colectivamente, mediante la construcción de estilos de vida distintos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre y en los espacios intersticiales de la vida institucional. Es aquí donde queremos enfatizar la importancia que adquiere el uso, la significación y la construcción de prácticas que las personas jóvenes configuran en sus experiencias de ocio. Sobre todo nos interesa resaltar aquellas prácticas relacionadas con la música, particularmente su producción (interpretación musical) y su consumo, considerando que ambas prácticas son fundamentales en la construcción identitaria juvenil (Frith

1996). A pesar de que la producción y el consumo son procesos y prácticas cualitativamente diferentes, son complementarias en el sentido de que ambas conforman el eje vertebral de la experiencia musical en los contextos juveniles (Tipa 2013, Urteaga 1998, Viera 2015, Zebadúa et al. 2014).

Comenzamos este trabajo ahondando en la significación y el sentido de ser joven desde una perspectiva sociocultural; de la misma manera, articulamos las prácticas y experiencias de ocio en dicha significación, para finalmente analizar las prácticas de consumo y producción musical entre jóvenes. Para este análisis priorizamos fuentes cualitativas, relatos de vida con las jóvenes rockeras tijuanenses y entrevistas a profundidad con los estudiantes de la Universidad Intercultural de Chiapas (UNICH), que en varios casos provienen de distintas etnias chiapanecas.

La invención de la juventud y sus consecuencias culturales

La palabra «joven», ampliamente utilizada en la cotidianidad, forma parte de nuestro sentido común en la categorización de la realidad. Cuando decimos «joven» o «jóvenes», aparentemente no hay lugar a dudas de a qué nos referimos y solemos estar de acuerdo con un imaginario común al respecto. Particularmente en México es común utilizarla para llamar la atención de alguna persona que no conocemos, pero con quien queremos alguna interacción: sea en un restaurante cuando le hablamos al mesero, o en una tienda cuando queremos preguntarle algo al vendedor, etc. Además, lo hacemos independiente de la edad que aparente la persona. Es importante recordar que las palabras nunca son solo palabras, sino que conllevan y comunican toda una construcción epistémica a través de las significaciones cargadas de la propia historia que les da sentido en la realidad social. También en este caso se vislumbran las «las luchas» discursivas cotidianas por definir a alguien o por ser definido por los demás como joven o viejo, donde a la misma edad uno puede ser joven en un ámbito y viejo en otro (Martín 2005:88).

Aquí nos encontramos ante la discusión y el problema de la definición de juventud. Si bien, en un primer momento identificamos a una persona joven por su apariencia física, por su edad, esto se vuelve más complejo cuando la edad ya no es un referente único. Para pensar en la significación que adquiere la juventud en la realidad sociocultural tendríamos que preguntarnos si dicho concepto puede ser pensado de forma universal. Es decir, si algo parecido a la juventud como la

conocemos actualmente ha existido en distintas épocas, sociedades y regiones del mundo, o más bien, ¿cómo han sido tratadas socialmente las divisiones entre edades en distintas épocas y sociedades?

Carles Feixa, por medio de la revisión y el análisis de varios trabajos etnográficos hechos a lo largo del siglo pasado en distintas sociedades y continentes, describe las distintas existencias y variaciones de la etapa de juventud, las cuales, por supuesto, son diferentes a la noción moderna y dependen de la sociedad, la región y la época histórica particular (Feixa 1999:15-46). Desde la perspectiva antropológica, la juventud es abordada como una construcción cultural relativa en el tiempo y en el espacio. Cada sociedad organiza en forma distinta la transición de la infancia a la vida adulta: comparte su base biológica, pero su percepción social de dicha transición varía. Estas percepciones sociales o los contenidos que se atribuyen a la juventud dependen de los valores asociados a este grupo de edad y de los ritos que marcan sus límites.

Sin embargo, no todas las sociedades en un momento histórico han reconocido un estado particularmente diferenciado entre la dependencia infantil y la autonomía adulta. La juventud en el sentido moderno, de hecho, es una invención humana bastante reciente. Entonces, la existencia de la juventud, según Feixa (1999:18), depende de una serie de condiciones sociales (normas, comportamientos e instituciones que distingan a los jóvenes de otros grupos etarios) y de una serie de imágenes culturales (valores, atributos y ritos asociados específicamente con los jóvenes). Ambas son construidas y dependen de la estructura social en su conjunto como las formas de subsistencia, las instituciones políticas y las cosmovisiones que predominan en cada tipo de sociedad.

En los estudios sociales usualmente se considera que las nociones de jóvenes y juventud, como los entendemos hoy, son un «producto» del siglo XX y, consecuentemente, del capitalismo y de la modernidad que surge en las sociedades industriales europeas y norteamericanas. Junto con el concepto de adolescencia, la juventud corresponde a una construcción social, histórica, cultural y relacional que, a través de las diferentes épocas y procesos socio-históricos, ha ido adquiriendo connotaciones y delimitaciones diferentes (Dávila 2005). Los estudios de juventud a lo largo del siglo XX han producido una serie de definiciones del ser joven vinculadas a distintos ámbitos disciplinarios que pueden ser aglutinados alrededor de dos polos: el biológico médico-psicológico (adolescencia) y el sociológico (juventud). De estos dos polos, la predominancia de la mirada médico-biológica psicologista ha sido fundamental en la construcción de una serie de

representaciones sociales juveniles, que han sido ofertadas a las instituciones y a la sociedad en general como definiciones «científicas» sobre lo juvenil a lo largo del siglo pasado.

José Antonio Pérez Islas indica que las aproximaciones intelectuales acerca del sector «joven» de la población han provenido desde tres campos de estudios: 1) la pedagogía que, principalmente, giró en torno a los niños; 2) la psicología que asumió la temática juvenil considerarla como «una etapa de la vida del hombre» arraigada en un cierto periodo de edad biológica; y 3) la socioantropología (Pérez Islas 2008). La última aborda lo juvenil como un sector de la población o grupo(s) con características propias según los espacios sociales donde se encuentre, que se van modificando y diversificando históricamente como producto de las transformaciones de la misma sociedad y sus instituciones.

En el sentido socioantropológico, las clases de edad o las edades sociales son divisiones basadas en una edad definida socialmente, por ejemplo, infancia, juventud, adultez, vejez, etc. Estas divisiones son performativas¹ porque cada una de ellas supone una forma de pensamiento y comportamiento socialmente definido (expectativas) donde los sujetos tienden a adecuarse a la definición social de la categoría en la que se hallan incluidos. Las clases de edad varían históricamente, tanto en los comportamientos que se les atribuyen como en el tramo de edad biológica, en función de las condiciones y los contextos socioculturales y económicos (Martín 2005:88).

Las clasificaciones de las edades sociales nos muestran el momento en que se opera la división al interior de un grupo, definida por una serie de derechos, privilegios, deberes, formas de actuar, y delimitada por una serie de momentos de transición como matrimonio, inserción al mercado laboral, etc. (Pérez 2008:18). Aquí se refiere a las personas jóvenes como sujetos en transición a la adultez que conlleva nuevas responsabilidades, independencia económica,² e incluso formación de una nueva familia. Así que la juventud, igual como la adultez, tienen «condiciones» diferentes. Consecuentemente, la característica que distingue esta construcción sociocultural de otras edades es su situación liminar: la ubicación de la juventud entre la dependencia infantil y la autonomía de los adultos, como la «margen» entre una fase de separación de la esfera privada de la familia y la agregación a la vida de adulto (Urteaga y Sáenz 2012:8).

¹ Ritualistas y repetitivas a partir de condicionamientos sociales.

² Ya no depender de «la herencia paterna» (Martín 2005:89).

El punto anterior sobre la juventud como situación o etapa liminar es muy interesante, considerando que a largo del siglo XX (sobre todo en el periodo de posguerra) se expandió hasta establecerse como una etapa autónoma de las demás, y se convirtió en un fenómeno social y cultural. Al observar la juventud desde la perspectiva de las culturas juveniles, los estilos de vida³ y las experiencias de ocio, el retraso en la inserción profesional, la creciente importancia y la permanencia de las personas jóvenes en la institución escolar pusieron de relieve las divisiones generacionales en las sociedades industriales y, sobre todo, la ampliación de la brecha generacional entre jóvenes y adultos. Esto también involucró la aparición de un nuevo tipo de consumidor, y el mercado de entretenimiento (industrias culturales de entretenimiento) no tardó en crear un nicho de consumo dirigido exclusivamente a este grupo etario. De ahí podemos hablar sobre la aparición y la masificación de microsociedades cuyas expresiones más visibles son el conjunto de estilos juveniles «espectaculares». Al respecto, el surgimiento de los medios de comunicación masiva ayudó a masificar las culturas juveniles de alcance internacional, y el proceso de modernización en el plano de los usos y costumbres supuso una erosión de la moral puritana, la cual fue sustituida por una moral *consumista laxa* (Feixa 1999:43-44).

Las culturas juveniles, entre cuyos ingredientes fundamentales se incluye la música, se expanden en dos direcciones: hacia abajo («la infancia tardía») y hacia arriba («la adultez temprana»), así que la participación en ellas puede durar más de 20 años y continuar en la edad madura (Feixa y Nilan 2014:41). De este modo son creados espacios simbólicos donde uno puede «sentirse joven» en forma relativamente independiente de su edad biológica. Podríamos afirmar entonces que las líneas de demarcación entre lo joven y lo adulto se han vuelto menos determinadas y más desbordadas. Por lo tanto, parece ser que la juventud ya no puede ser considerada como edad o trayectoria, sino como una dimensión de la identidad personal (Urteaga y Sáenz 2012:12).

Lo anterior no intenta fortalecer la idea ingenua de que «soy joven mientras me considero tal», sino indicar que nos encontramos con un fenómeno sociocultural mucho más complejo, delimitado simultáneamente por autoadscripción y heteroadscripción como «joven», lo cual depende del contexto sociocultural donde uno se encuentra. Juventud, por lo tanto, es un concepto explícitamente

³ Como formas de ser que integran elementos como la música, el lenguaje, la moda (estética), las prácticas/producciones culturales y constitución de relaciones sociales (Feixa 1999:84-105).

relacional y contextual que, al mismo tiempo, suele ser definido de forma rígida no solo por parte de las instituciones, sino también por distintos grupos sociales.

Juventudes étnicas: la etapa de juventud y los jóvenes entre y desde las etnias mexicanas

Este artículo se enfoca en dos contextos socioculturales distintos: el rockero de Tijuana y uno étnicamente diverso de la región de los Altos de Chiapas, personas del grupo de la UNICH que son jóvenes provenientes de distintas etnias y tipos de población.⁴ Es importante describir cómo los factores mencionados han impactado o modificado la noción de juventud entre los grupos étnicos en México.

El tema de las etnias y «los estudios étnicos» ha sido central en la antropología social y, sobre todo, en la antropología mexicana. Al mismo tiempo, el tema de jóvenes y juventudes étnicas es relativamente reciente, aunque siempre han constituido un sector demográfico importante (Pérez 2014, Urteaga 2008, 2011). A partir del siglo XXI estos actores, antes prácticamente invisibles en las ciencias sociales, empiezan a generar interés entre los investigadores (usualmente jóvenes) y protagonizar los estudios socioantropológicos.

Dicho interés y protagonismo del nuevo sujeto se debe a varias razones y procesos. Los investigadores suelen coincidir en que 1) la migración, 2) la introducción de la educación obligatoria y 3) los medios de comunicación son los factores fundamentales que posibilitaron la producción/invencción de juventud de corte moderno (o postindustrial) como una nueva condición etaria en el ciclo de vida de la población étnica, y aparición de nuevos imaginarios acerca de lo indígena en el ámbito académico.

Los tres elementos mencionados no están aislados, sino que se complementan en la construcción moderna de la juventud. La educación, además de generar tiempo libre y posponer la inserción en la esfera laboral, también facilita la migración a través del aprendizaje que la persona puede, en consecuencia, utilizar para cambiar su radicación, por ejemplo, el dominio de idiomas (sea español o inglés), habilidades tecnológicas (computación y/o las tecnologías de comunicación), etc. A través de la migración, por su lado, las personas se exponen a otros

⁴ Originarios de ciudades como Tuxtla Gutiérrez, San Cristóbal de Las Casas, la Ciudad de México, Cancún, hasta pequeñas comunidades rurales de la región.

contextos socioculturales y estilos de vida (usualmente urbanos), suelen incrementar su poder adquisitivo y, por tanto, participar como nuevos consumidores/portadores de los estilos juveniles modernos. De esta forma, ser consumidor/portador de dichos estilos funciona como un elemento de distinción sociocultural que marca el manejo del código moderno pero, al mismo tiempo, no necesariamente excluye el código tradicional. Justamente este espacio simbólico entre los dos códigos de conducta se convierte en el espacio de las luchas discursivas tanto entre los actores involucrados como entre los observadores (por ejemplo, los investigadores).

Una de las razones principales de la ausencia de las juventudes étnicas en las ciencias sociales tuvo que ver con la coyuntura antropológica: hablando de lo indígena, los protagonistas siempre han sido «los clásicos exóticos», como los chamanes, curanderos, artesanos, mayordomos, etc. El «indígena» en los estudios clásicos casi siempre aparece como un hombre adulto, y el discurso antropológico ha excluido hablar de los que conforman una población diferente: niños, adolescentes y jóvenes (Urteaga 2008:673-674). Maya Lorena Pérez Ruiz, basándose en una profunda revisión de los trabajos etnográficos del siglo pasado sobre varias poblaciones mexicanas, sostiene, en oposición al punto anterior, que la población joven ha estado presente en temas como la organización social, la economía, las relaciones sociales, el conflicto y el poder, el cambio y la continuidad, la familia, el parentesco, los ciclos de vida y los ritos de paso, la religiosidad, la cosmogonía, los imaginarios y la migración (Pérez Ruiz 2014). Sin embargo, se trata solo de fragmentos relativamente pequeños de las etnografías, así que se puede afirmar que las personas jóvenes no han sido protagonistas en los estudios antropológicos en México hasta la última década del siglo pasado.

En los estudios existe cierta peculiaridad respecto de cómo clasificar a sujetos o actores. Así, por ejemplo, las clasificaciones pueden ser establecidas desde sus propias posiciones o, al contrario, desde la posición del investigador. Pérez Ruiz (2011:69-72) ilustra cómo este tipo de posicionamientos intervienen en la definición de quién es y quién no es joven: 1) asumir un criterio institucionalmente preestablecido y asociado con un rango de edad, o 2) partir de la indagación de si dentro del grupo cultural estudiado existe o no cierta noción para marcar lo que podría denominarse como «joven» o «juventud». En algunos casos la noción de joven (o de adolescente) ha sido introducida y adoptada por el grupo étnico, mientras que en otros su existencia tiene una larga trayectoria histórica, la cual, por varias circunstancias, ha sido equiparada con la de joven en los términos con-

cebidos por la modernidad. Esto ha generado situaciones de resignificación y de conflicto entre ambas nociones: la moderna y la tradicional.

Las dos nociones contienen diferentes significados y patrones de conducta. Desde una posición adultocéntrica, lo que usualmente advierten los adultos respecto de los cambios son modificaciones en la conducta, sobre todo la desobediencia y la rebeldía. Mientras que para los jóvenes la redefinición implica una búsqueda de nuevas formas de ser, de identificarse y de conseguir el derecho a ser «ellos mismos», a estudiar, a vestirse «juvenilmente» y a convivir con los amigos (Pérez Ruiz 2011:71-72). Al mismo tiempo, la juventud moderna en estos nuevos contextos no necesariamente genera una ruptura en la continuidad cultural (Pérez Ruiz y Arias 2006): en muchos casos los jóvenes todavía disfrutaban de participar en fiestas y ceremonias tradicionales y también de otros ámbitos de la vida donde predominan las prescripciones sociales derivadas de la cultura tradicional.

Experiencias de ocio y tiempo libre en la constitución de lo juvenil

Ante el recorrido hecho en este trabajo, es importante resaltar cómo la aparición de culturas juveniles, sus prácticas en el tiempo libre y sus experiencias de ocio han participado en la explosión de esta nueva categoría transcultural del siglo XX llamada «juventud». Estamos de acuerdo en que la juventud adquiere significado y sentido a partir de diversos contextos situados (socioculturales, políticos y económicos), pero uno de los principales ejes que nos permite comprender a las personas jóvenes son las prácticas que eligen en sus tiempos libres y, por ende, en la producción y elección de sus experiencias de ocio.

El tiempo libre es el que se tiene/obtiene fuera del trabajo, la escuela o los deberes del hogar, es decir, el tiempo considerado socialmente «ocupado». En ese tiempo se eligen ciertas prácticas que proporcionan satisfacción: experiencias de ocio. Luego entonces, el tiempo libre y el ocio están íntimamente imbricados, pues se dan de forma coexistente fuera del trabajo y del negocio (la negación del ocio). En diversos debates sobre la definición de juventud, las prácticas o experiencias de ocio han sido fundamentales en la producción de su significado y sentido. En esta reflexión buscamos entender el ocio como una experiencia elegida, gratuita y necesaria (Cuenca 2000) que enriquece la identidad. También puede estudiarse y analizarse desde distintos paradigmas, sobre todo, objetivamente, con un tiempo dedicado a alguna actividad. De forma subjetiva, esto adquiere

especial importancia pues si dicha actividad resulta satisfactoria estamos hablando de una experiencia de ocio. «Subjetivamente, la palabra ocio es sinónimo de ocupación gustosa, deseada y, por consiguiente, libremente elegida. (...) Desde un paradigma personal, el ocio forma parte de nuestra manera de ser y manifestarnos y, consiguientemente, es uno de los modos de expresión de nuestra personalidad» (Csikszentmihalyi 2001:15).

Además, mediante el ocio, la mente logra desconectarse temporalmente de la realidad cotidiana/rutinizada y emergen nuevas posibilidades para transformarla, y generan y producen, mediante ciertas prácticas, a la juventud misma. Para Cuenca (2000) las vivencias de ocio son una experiencia que contribuye a que las personas, en este caso jóvenes, se realicen, se conozcan y se autoidentifiquen. La experiencia de ocio contribuye a que se sientan mejor, a que escapen de la rutina y a que la «dura» realidad de cada día sea más llevadera; mediante una experiencia de ocio es posible «recuperar el equilibrio perdido por las frustraciones y desengaños» (Cuenca 2000:32). No obstante, la percepción del ocio siempre ha estado influenciada por la edad, el nivel educativo y otras circunstancias ambientales (Cuenca 2000:48). Para este autor, la edad es fundamental en la definición de la juventud y el ser joven; sin embargo, consideramos que la juventud más bien recae en el sentido que se le confiere, muchas veces en función de las prácticas de ocio en el tiempo libre. En ese sentido la juventud, más que estar vinculada o determinada por la edad (sea biológica o psicológica), construye un sentido más amplio por las experiencias de ocio elegidas y disfrutadas, que a su vez pueden ser limitadas por la edad social.

Desde la perspectiva humanista, el ocio es una experiencia necesaria en los seres humanos, sin ella es imposible que manifiesten la elección de sus actos, sus gustos y sus preferencias. En ese sentido, para las personas jóvenes las experiencias de ocio son fundamentales en el ejercicio de su «libertad» en sentido del uso de su tiempo libre, porque este «implica un ejercicio humano de identidad, autorreconocimiento y voluntad» (Cuenca 2000:62). De acuerdo con Cuenca, el ocio en la modernidad es un espacio vital para realizarse como sujetos. En esa medida, las experiencias de ocio juveniles, sobre todo las relacionadas con la música, constituyen un espacio que les permite configurar subjetividades e identidades juveniles móviles y en proceso (Hall 2010).

La música como experiencia de ocio

La música es parte indispensable de la vida social (DeNora 2000) y enmarca un contexto sociocultural e histórico complejo de producción y participación. Esto no significa que exista una dualidad única y predeterminada entre la música y la juventud, sino que la música es parte sustancial en la producción de subjetividades e identidades juveniles, sea por su producción o su consumo (Feixa 1999, Frith 1996, Tipa 2013, Urteaga 1998, Viera 2015). De esta manera, partimos de la idea de que la música, sea o no producida por jóvenes, inevitablemente los produce.

Como lo revelan los resultados la Encuesta Nacional de Prácticas y Consumo Culturales (ENPCC), realizada en México, en 2004, la afición por la música generalmente es «asunto juvenil». Casi 90% de los jóvenes (entre los 15 y 22 años) escuchan música grabada y casi la mitad lo hace entre dos y cuatro horas al día. La música grabada se escucha con más frecuencia entre los de preparatoria y universidad, y el porcentaje del consumo de música grabada empieza a disminuir solamente a partir de los 30 años.

Aquí necesario mencionar la investigación de Adam Lonsdale y Adrian North según la cual la edad biológica es un factor sustancial en la intensidad de la relación que la persona establece con la música. La importancia de la música, efectivamente, suele disminuirse con la edad (a partir de 30 años y en adelante). Sin embargo, aquí aparece un matiz que no está directamente relacionado con la edad biológica, sino con la edad social: los compromisos y responsabilidades que la persona ha asumido (Lonsdale y North 2011). Así, por ejemplo, la música puede jugar un papel mucho más importante en la vida cotidiana de alguien mayor de 30 años que es soltero, sin hijos, no trabaja tiempo completo, en comparación con alguien que tiene las características opuestas. Sencillamente, las personas que tienen más compromisos, responsabilidades y roles sociales no gozan de tiempo suficiente para dedicarse a escuchar la música e involucrarse en las prácticas asociadas con su consumo.

En comparación con otros rangos etarios, la «interacción social» como uno de los usos sociales de la música es mucho más priorizado entre personas de 16 a 29 años (Lonsdale y North 2011). Uno de los puntos principales para este fenómeno es la construcción identitaria. La música entre jóvenes juega papel importante en sentido de identidad personal y relaciones interpersonales, y el proceso de construcción de identidad se configura como uno de los elementos característicos y nucleares del periodo juvenil (León 2005:93). Dicho proceso se asocia con condi-

cionantes individuales, familiares, sociales, culturales e históricas determinadas. La música, además de ser el bien cultural más consumido entre los jóvenes, es uno de los elementos estructurantes/organizadores más importantes de la diferencia, la jerarquía de distinciones e integración de las culturas y las prácticas culturales juveniles (Urteaga 2010:33).

La música como mercancía de consumo masivo y, simultáneamente, como un producto de uso personalizado constituye un material fundamental para la conformación de la subjetividad, al funcionar como una tecnología que los actores utilizan para reflexionar sobre su experiencias y demostrar que conocen el tipo de música que «necesitan» en distintas situaciones (Lascano 2014). Desde esta perspectiva, la música puede ser vista como un recurso que constituye la tecnología del yo en el sentido foucaultiano,⁵ y que llega a ser determinante para las formas en que las personas organizan su memoria, identidad y autonomía, y a describir, reflexionar, nombrar, volver inteligibles, problematizar y materializar ciertos estados emocionales (Frith 2002, Lascano 2014:66).

La música, ya sea como una práctica (estar tocando) o como consumo simbólico de ella (escucharla), constituye una de las dimensiones fundamentales de las experiencias de ocio de las personas jóvenes. Es ahí donde la juventud se vislumbra como una adscripción identitaria subjetiva que hipotéticamente no estaría asociada con la edad biológica o social. En qué grado esta autoadscripción es desarraigada de la heteroadscripción como joven, igual que de qué forma están nutridas las significaciones de ser joven, serán las interrogantes principales que intentaremos contestar utilizando los casos de las rockeras tijuaneñas y la muestra de la UNICH. Entre estos dos grupos de actores el primero representa la música como una práctica dentro de las experiencias de ocio, mientras el segundo es vislumbrado desde la dimensión del consumo de música como una experiencia de ocio y una manera de estar juntos.

El «estar joven» y el «ser joven»: desde lo institucionalizado a lo subjetivo

¿Qué significa ser joven desde las posiciones de quienes lo son? ¿Coinciden sus reflexiones acerca de lo juvenil con las definiciones institucionales, son construi-

⁵ Como «la interacción entre uno mismo y los demás», «la dominación individual» o «el modo en que un individuo actúa sobre sí mismo» (Foucault 2008:49).

das por ellas o tienen otras connotaciones? ¿Qué tan importante es el papel del ocio y la música en sus autodefiniciones como jóvenes? Estas preguntas resultan muy importantes para poder consolidar las tres dimensiones abordadas en este texto: la juventud, las experiencias de ocio y la significación de lo juvenil.

La UNICH, abierta en 2005, es una de las numerosas universidades interculturales en México que no solo son espacios de socialización juvenil, sino también espacios multiétnicos, considerando que en este tipo de instituciones se prioriza la presencia de jóvenes provenientes de los grupos étnicos⁶ de la región donde se ubica. El caso de la sede de San Cristóbal de Las Casas, la UNICH cuenta en su mayoría con presencia de jóvenes tsotsiles y tseltales, y otros cuya lengua materna es castellana y que no se adscriben a una etnia.

Esta diversidad es muy fructífera para averiguar las significaciones de lo juvenil y el papel de las experiencias de ocio para ser joven entre personas que provienen de muy distintos contextos socioculturales, oscilando entre lo moderno y lo tradicional. En total fueron concluidas varias entrevistas con los estudiantes de ambos sexos; asimismo, con los que provienen de alguna etnia y los que no mostraron una adscripción étnica.

En el caso de estudiantes de la UNICH, quienes colaboraron en las entrevistas hablaron sobre si se consideran jóvenes, qué entienden por juventud y, por supuesto, si creen que la juventud se acaba. Las respuestas fueron diversas, pero coincidieron en varios momentos centrales, sobre todo en cuanto a las actividades y las experiencias de ocio como uno de sus anclajes identitarios como jóvenes. Aquí va a ser presentado un panorama general sobre sus interpretaciones de la juventud. Cabe mencionar que el término «joven» en ningún caso causó dudas o fue cuestionado, sino más bien se dio por sentado. Es decir, la juventud entre estos actores es percibida como parte «natural» de su ciclo de vida y no como algo culturalmente ajeno ni impuesto.

Ser jóvenes desde sus puntos de vista involucra cierta «celebración de la vida», «construcción de sí mismo» y generación de nuevas relaciones sociales, en otras

⁶ La etnicidad aquí debe entenderse como una creencia y construcción sociocultural de pertenencia a un grupo cultural que marca sus límites o fronteras con otros grupos, mediante elementos culturales especializados por los propios grupos. Estos principalmente son: la lengua materna, el sistema de creencias, la vestimenta tradicional, el mito del origen común y cierto territorio que constituye el anclaje de la memoria colectiva (Giménez 2000). La lengua materna como un sistema de pensamiento no es el único elemento cultural que define la pertenencia étnica. No obstante, es uno de los elementos más decisivos, al funcionar como la columna vertebral de una cultura y la adscripción cultural en particular, tanto desde la heteroadscripción étnica como en la autoadscripción (Fábregas 2012).

palabras, construcción identitaria a través de experiencias de ocio. También están presentes connotaciones fisiológicas que corresponden a la vitalidad del cuerpo y la disponibilidad de la persona a «experimentar cosas nuevas».

¿Qué es la juventud para ti? ¿Te consideras joven?

Yo, ¡sí! Porque traigo, no sé, un espíritu que me hace sentir joven. Tienes energía. Lo puedo mostrar por las actividades que uno hace. Es algo que puedes vivir, convivir. Tener convivencias con otras personas, estar siempre al día. Convivencias, bailar, hacer deportes, estudiar, hacer equipos de trabajo, jugar (hombre, 28 años, hablante de tseltal de valle del Amatenango).

¿Qué significa para ti ser joven?

Uuuuh, esta pregunta está muy compleja... Yo pienso que ser joven no es tener 15 o 20 años, por decirlo así. Creo que la juventud siempre la tienes, no dejas de ser joven nunca. Ni porque estés viejo como muchos dicen, es donde termina. Para mí la juventud, sin hablar de edades, es como... pasártela bien, ¿no? De cada cosa de lo que tú haces, compartirla, experimentar siempre y no quedar con un límite que hasta aquí llegué y ya se acaba la juventud (mujer, 20 años, hablante de tsotsil de San Juan Chamula).

¿Te consideras joven? ¿Qué es la juventud para ti?

Sí, porque salgo a pasear, salgo a divertirme. Como a cualquier joven, me gusta la diversión. La juventud para mí sería salir y que te vean las demás personas que eres joven todavía, que pertenezcas a ese grupo. Darse a conocer ante la sociedad. Que soy joven y me gusta hacer tales cosas. Salir a divertirse en las cafeterías, en las discotecas, en el bar. Para platicar, no sé, de fútbol, de las películas (hombre, 23 años, hablante de zoque de Nuevo Carmen Tonapac).

Estos jóvenes en su interpretación de lo joven suelen distanciarse de las connotaciones etarias y enfatizar el papel de la socialización secundaria y el consumo de bienes culturales (música, películas) como *lingua franca* o un «código cultural moderno» compartido que funciona como el fundamento necesario para dicha socialización. Al mismo tiempo, la juventud aquí no involucra una irresponsabilidad, sino al contrario, lo que distingue a la niñez de la juventud es justamente la responsabilidad que uno asume. Esto último, por supuesto, puede estar vinculado con el hecho de ser mayor de 18 años, algo que no solo presume los derechos y las libertades de una persona adulta (aunque joven), sino también las responsabilidades.

El tema de las responsabilidades también es algo que entra en conflicto con la postura de adscribirse como joven. Cada uno, según un deber ser tanto concreto como imaginario, se autoestablece los límites de la juventud, que usualmente están asociados con la maternidad en el caso de las mujeres y en general con la creación de una familia propia.

¿Y cuándo se acaba la juventud?

Cuando tenga a mi primer hijo –ríe–. Para mí, sí (mujer, 21 años, hablante de tseltal de San Cristóbal de la Casas).

¿Se puede acabar la juventud?

–Suspira– No sé, para muchos, sí. Para muchos... muchos piensan en la juventud siguiéndole al estatus de edad. Otros porque ya no les gusta conocer cosas nuevas. Pero muchos por su edad. Si tengo 30, entonces he dejado de ser joven, ya tengo que ser adulto, tengo que hacer esto que hacen los adultos, tener un trabajo estable, tener un carro, una casa donde vivir....no sé. Y ya no hace lo que hacía antes aunque quiera hacerlo (mujer, 20 años, hablante de tsotsil de San Juan Chamula).

¿Y cuándo se acaba la juventud?

Depende del pensar de cada uno. Ya no quiero ir al antro, a bailar y ya me voy a dedicar a mi familia. Cuando cambias tu forma de vida. Llegas a otra forma de vida. Pues, puedes bailar hasta que estés viejo, pues nadie te puede impedir que no lo hagas. O ir al antro. Solo que cada uno lo decide –ríe– (hombre, 21 años, hablante de tsotsil de San Juan Chamula).

Sin duda, la juventud en estos discursos aparece como el estado deseable que todos quieren que perdure. El matrimonio y el hecho de tener hijos como marcadores de la edad social aparecen como los factores principales que limitan la juventud como una práctica social e introducen al actor a «otra forma de vida», dedicada al hogar y a ocupaciones de la familia, lo que automáticamente involucra limitaciones en las experiencias de ocio juveniles.

¿La juventud se acaba?

Sí, siempre se acaba. Cuando te casas, porque tienes otra perspectiva, estar con tu familia, con tu esposa y tus hijos. Ahí se acaba la juventud, porque ya no tienes mucha oportunidad de salir y divertirse. Sería muy rara vez que lo puedes hacer solo. Tengo un primo que salía mucho, a trabajar o a divertirse. Cualquier cosa que salía, él se iba sin

preocupación alguna. Y cuando se casó, se dedicó mucho a su familia, a su hijo. Y está más con su familia y sale a pasear muy rara vez (hombre, 23 años, hablante de zoque de Nuevo Carmen Tonapac).

Esta postura es bastante común entre jóvenes que aún no tienen dichas responsabilidades, es decir, se atribuyen estos límites solo cuando se habla de otras personas y no de sí mismo. Curiosamente, el único colaborador que tiene hijos y se encuentra en unión libre (también es mayor que los demás colaboradores) inicialmente indica que estas responsabilidades son difícilmente compatibles con ser joven, pero luego revela que en su caso no es algo que lo limite en vivir su juventud y adscribirse como tal.

¿La juventud se acaba?

De mi parte, no. Juventud es algo que se puede tener, pero en cierta edad te limita a hacer muchas cosas por la responsabilidad que puedes llegar a tener. Tienes otras cosas como la familia, hijos, y llega un momento cuando ya no puedes hacer las cosas que hacías de joven. Ya desde los 40 para adelante ya tienes una barrera de edad.

¿Estás casado?

Casado no, pero en unión libre. Tengo dos niñas.

¿Y esto te ha limitado en tus actividades como joven?

Pues hasta ahorita no, porque he podido acomodarme en este sentido (hombre, 28 años, hablante de tseltal de valle del Amatenango).

Consideramos que este caso no debería ser visto como una contradicción, sino como un ejemplo de que las personas parecen crear estrategias⁷ para poder seguir siendo «jóvenes» desde la autoadscripción, aunque su pertenencia a este grupo, dependiendo del contexto donde se encuentren, puede ser cuestionada por la heteroadscripción o por los demás. Así que, como ya lo habíamos mencionado, la juventud, más que un rango de edad o trayectoria al «mundo adulto», puede ser entendida como una dimensión de la identidad personal, aunque la duración de esta pertenencia identitaria se encuentra en una lucha simbólica entre reconocerse como joven y ser reconocido o reconocida como tal. En este tenor es importante subrayar que la pertenencia étnica no parece estar asociada con la autoadscripción como joven entre la población estudiantil de la UNICH. Al mismo tiempo, la juventud como edad social tendría diferente duración para los

⁷ Por ejemplo, encontrar tiempo para involucrarse en actividades definidas como «juveniles».

hombres y para las mujeres, considerando que según la tradicional división de los roles de género en las sociedades esencialmente patriarcales, la vida dedicada al hogar y las ocupaciones propias de la familia después del matrimonio les correspondían a las mujeres.

No obstante, podemos distinguir conceptualmente entre estar joven como los rangos etarios, las posiciones sociales y trayectorias que se utilizan en contextos institucionalizados con límites relativamente fijos, y ser joven como una creencia en el sentido subjetivo de la persona. Ser joven no significa que la persona siempre se considere así, sino que establece los parámetros y los límites de su juventud de forma individual, que puede coincidir o no con las definiciones institucionales, gubernamentales (edad biológica) y/o comunitarias (edad social).

Algo similar sucede con las jóvenes rockeras, quienes desde un contexto diferenciado al estudiantil significan y dan sentido a su ser jóvenes a partir de prácticas vinculadas con la música, pero que no por ello se alejan de otros contextos sociales que las condicionan desde la juventud y el género (como mujeres y jóvenes).

Ser mujer joven en el rock tijuaneño

El sentido de ser joven en las rockeras no solo está atravesado por la categoría de juventud, sino también de género.⁸ La juventud de las mujeres que son parte de una banda de rock es mediada por las prácticas y experiencias de ocio consideradas como juveniles; su adscripción al rock las heteroidentifica y autoidentifica como jóvenes.

El nacimiento del rock a mediados de los años cincuenta es fundamental en la configuración de «rebeldía» juvenil; su origen está íntimamente vinculado a una generación que mediante la música se manifiesta en contra de la cultura y las normas e instituciones dominantes, principalmente la familia. Las generaciones de los sesenta y setenta, al producir (y consumir) música rockera, lograron dejar

⁸ Entendemos al género como una normativa que se deja ver como la representación que se ha construido a partir de la diferencia sexual y sobre bases heterosexuales (binarias), en un sistema de acuerdos culturales y valores sostenidos por tecnologías de poder que producen representaciones femeninas y masculinas, que afectan en los cuerpos y actitudes de cada sujeto (De Lauretis 1996, 1989). Es importante aclarar que Teresa de Lauretis insiste en «dejar abierta la posibilidad de agencia» en la propia producción de género, ya que existe un fuera del género que puede ser interpretado en la subjetividad, lo cual permite comprender el proceso mediante el que las mujeres negocian su representación en el rock.

en el imaginario social un halo de inconformidad ante las normas impuestas a su vida. En este sentido, el rock actual sigue siendo relacionado con una cultura, principalmente juvenil, que busca expresar algo distintivo; el rock se alimenta de prácticas y experiencias elegidas de forma libre.

Es entonces que podemos asegurar que hablamos del uso musical rockero como una experiencia de ocio juvenil que ya no está solo vinculada con la edad biológica. Aunque quienes comenzaron a rockear en Tijuana a mediados de los cincuenta y los sesenta eran jóvenes, justamente identificados por su edad, actualmente en el rock la juventud está principalmente vinculada a la práctica del rock mismo, es decir, para ser parte del rock se debe cumplir más que nada con ser joven y no tanto con estar joven. También aquí, como en el caso de estudiantes de la UNICH, lo que impera es la edad social, la juventud relacionada con la imagen, con un cuerpo joven.

Debido al contexto fronterizo de Tijuana, las jóvenes rockeras han estado presentes desde la entrada de esa corriente musical en México (Valenzuela 1999, Agustín 1996). Y es aquí donde las diferencias se acentúan: a pesar de la presencia de las rockeras en los escenarios, sus representaciones casi siempre han sido asociadas de forma secundaria como fans, *groupies*, las novias o «cuidadoras de chamarras» (Estrada 2000, Viera 2015). Y es que, en el caso de las jóvenes, sus actividades están relacionadas con la domesticidad dentro de los discursos normativos, incluso en espacios y estilos de vida contrahegemónicos y alternativos como el rock.

Las jóvenes en el rock establecen procesos de negociación con estructuras, órdenes culturales y representaciones que desde mecanismos de poder, esencialismos y justificaciones biopsicologistas hacen referencia a la juventud vinculada con la edad biológica y social, y a su ser mujeres con el sexo. Al respecto Inés Castillo⁹ opina:

El rol de ser una mujer joven es salir de la escuela, no es irte a la clase de música, sino más bien lavar la ropa o lavar los trastes, hacer de comer a tu hermano, planchar, ayudar a tú mamá en la casa, etcétera. Entonces desde ahí, el rol de la mujer es diferente porque es para la casa, es para el papá, es pues lo que el patriarcado exige totalmente;

⁹ Inés Castillo a sus 34 años es vocalista de la banda tijuanaense Parche de Ira, ha participado en otras bandas de la ciudad, además es licenciada en filosofía, estudiante de una Maestría en Educación en la Universidad Pedagógica Nacional, activista de la *Otra Campaña* del Frente Zapatista de Tijuana y parte de la Colectiva Feminista Binacional. Entrevista realizada en abril de 2011.

entonces, a la mejor ahora ya existe la posibilidad de que las mujeres vayan a una clase de música, de que tengan un amigo que toque la guitarra y a ellas les interesa tocar la guitarra, ahora a lo mejor las mujeres jóvenes nos estamos saliendo un poco de esos estereotipos tan marcados de ser solo de la casa, eso es una en cuanto a la cultura, la cultura mexicana como te va marcando (Inés Castillo, 30 años).

La cultura que Inés señala está asociada con un contexto específico que ha sido configurado por estructuras que ella identifica como patriarcales y podríamos decir que también adultocéntricas. En su discurso, la juventud no es cuestionada. A pesar de que la cantante tiene 34 años,¹⁰ identifica el ser joven con la práctica rockera. Aunque, por otro lado, en el fragmento anterior ella habla de roles preestablecidos que están en proceso de cambio. Las mujeres jóvenes, al estar asociadas a prácticas domésticas, cumplen la función que desde una perspectiva de transición a la adultez acatan la expectativa de cuidadoras, madres-esposas. En este sentido, el rock como práctica y experiencia de ocio es asociado con la juventud, incluso exige «ser joven» o juvenil a pesar de las demás edades de las rockeras.

En el caso de las mujeres, el discurso de la juventud pone en tensión su ser rockera cuando hablan de la maternidad como un dilema que identifican con la adultez y la imposibilidad de seguir siendo parte del escenario rockero de la ciudad. Las rockeras reflejan cómo «la sociedad» les ha insertado lo que Inés Castillo llama «el chip de ser madres»:

Por ejemplo, ahorita justo estoy en edad casadera y de tener hijos y siempre desde niña te educan para eso ¿no?, tienes que tener hijos es lo primero que te dicen, te regalan muñequitas, es como que te insertan el “chip de ser madre”. No sé, yo creo que en algún momento quizá me decida a tener una chamaca, pero no lo sé, no me he sentido preparada, quiero seguir en la banda y ya con una hija eso sería muy difícil, aunque buscaría la forma porque la música es mi vida, sí, definitivamente sería complicado, imagínate, los bares y la fiesta... (Inés Castillo, 30 años).

En su discurso habla de una «edad casadera». Se refiere a la edad como un referente que exige cumplir con la expectativa de la adultez y la edad social: ser madre. La tensión entre dicha maternidad y seguir siendo parte de la banda la conflictúan como joven rockera. Los escenarios del rock no están diseñados para

¹⁰ Cuando fue entrevistada ella tenía 30 años.

mujeres embarazadas, para cuerpos de mujer adulta; el rock se produce en un contexto juvenil y se nutre de la constante juvenilización. Para ser parte del rock, no hay que estar embarazada ni ser madre. Sin embargo, en su discurso también se ve un anhelo de resignificar la maternidad tradicional. Ella afirma que al querer tener una hija buscaría la forma de seguir en la música. La responsabilidad de la maternidad y el cuidado de los hijos son intrínsecos a la condición femenina y al paso de la adultez. Este es uno de los principales motivos de conflicto para las jóvenes cuando deciden ser madres sin dejar de ser rockeras.

Las prácticas del rock están diseñadas para hombres y para la juventud, por lo que las rockeras imaginan la maternidad de una manera que se adapte a estas prácticas, ya que no desean dejar el escenario:

Sí, me gustaría algún día tener un engendro, una larvita mía, sí, pasarle todo esto, lo musical y todo lo demás, y aunque no me ha tocado ver muchas mujeres con niños en este ambiente o mamás tocando, me ha tocado ya gente ya mayor que sí tienen sus niños y dejaron de tocar un rato y todo esto, pero no continúan con la música por lo mismo, porque es: o el rock o la atención a tu chamaco. Yo por mis gustos personales no he querido tener un chamaco pero, ahorita ya, ya, ya estoy llegando a los 30, estoy viendo que algún día voy a estar sola y necesito alguien que me cuide, que me cambie el pañal cuando esté sola –risas–, pero todavía tengo unos cuatro años más para pensarlo, este... pero no sé, sí me gustaría, fíjate, tener un chamaquito, pero, se me haría muy irresponsable de mi parte exponer a un chamaco desde pequeño a andar en la calle, andar de noche, las desveladas, el humo... (Lissa Jay, 26 años).¹¹

Lissa identifica la dificultad de procrear estando en el contexto del rock. Menciona que ha conocido a mujeres que han tenido que dejar de tocar para poder cumplir con la maternidad. Ella califica como «irresponsabilidad» la posibilidad de exponer al hijo a «la calle, la noche, las desveladas y el humo» como parte de las prácticas del rock.

Tanto Inés como Lissa identifican el rock como parte de su vida. Es una práctica de ocio que disfrutan, que gozan y que las constituye como mujeres jóvenes y rockeras. Sus experiencias de ocio son elegidas a través de la música y el rock. Ser parte del rock es lo que identifican como parte de su juventud. En cambio, la responsabilidad de la maternidad, de tener una familia, ya es parte de ser adul-

¹¹ Lissa Jay a sus 26 años es baterista de distintas bandas tijuanenses, pero en particular de la banda femenina Black and Brown. Además es maestra de música. Entrevista efectuada en abril del 2011.

tas. Sin embargo, aquí queda abierta la posibilidad de resignificar la maternidad y la adultez por medio de la música y su experiencia de ocio. Queremos rescatar dicha resignificación. Lo interesante es cómo se tensa la juventud y su sentido ante el discurso de la maternidad (y pensemos en el caso de los jóvenes de la UNICH y su conformación de la paternidad),¹² y cómo cumple con el discurso institucionalizado de transición entre el mundo juvenil y el mundo adulto.

Reflexiones finales

En la segunda parte de este trabajo revelamos qué tanto las nociones que dan significado a la juventud están basadas en la edad biológica y la edad social, lo que nos remite a un «estar joven», o en propias subjetividades de los actores, es decir, «ser joven». Además, cómo estas nociones han sido interpretadas en contextos aparentemente ajenos: entre las jóvenes rockeras en Tijuana y estudiantes de la UNICH. A pesar de las distancias físicas y simbólicas, encontramos más en común entre sus discursos de lo que inicialmente podía parecer.

En primera instancia, ambos estudios profundizan en sujetos y/o actores considerados «disidentes» dentro de los estudios de juventud: juventudes étnicas y mujeres rockeras. Sus experiencias y representaciones han sido permeadas por discursos institucionales que han cobrado mayor auge. En ese sentido, el presente texto contribuye a los procesos de visibilización de jóvenes que, en diferentes contextos, han buscado estrategias y negociaciones para ser reconocidos más allá de estigmatizaciones o estereotipos. La significación y el sentido de su «ser joven» y «estar joven» desde sus propias voces marcan la pauta a una urgente necesidad de complejizar sus realidades en el contexto contemporáneo.

De ese modo, tanto para las rockeras como para los estudiantes de la UNICH, la juventud es definida y vivida en una triangulación entre la edad biológica, la edad social y una dimensión identitaria subjetiva. Estas tres formas de identificarse como joven muchas veces no son compatibles porque dependen del contexto donde uno se encuentre, sea institucional, familiar o entre pares. Esto puede funcionar como una afirmación de su condición juvenil o, al contrario, como un contexto que causa conflictos entre la autoadscripción y la heteroadscripción como joven.

¹² Aunque es imposible denotar la diferencia normativa que el género significa en estos casos.

Para los jóvenes de la UNICH, la juventud aparece como la etapa o el estado de vida deseable, cuando la persona accede a los derechos de una persona adulta pero al mismo tiempo aún no tiene demasiadas responsabilidades sociales, particularmente su propia familia e hijos. De esta forma, la juventud es interpretada como una etapa de transición a la adultez, lo que involucra limitaciones para las experiencias de ocio que aparecen como una de las principales formas de «vivir la juventud» y «sentirse joven». De igual manera, para las rockeras, la juventud está asociada con su práctica musical rockera, la cual es elegida en forma libre y satisfactoria: adoptada como un estilo de vida. En ese sentido, negocian su juventud mediante su rockear; sin embargo, siguen vinculando a la juventud con una etapa de «transición» que, al enfrentarse a las expectativas culturales de su adultez (sobre todo relacionadas con la maternidad), puede dificultar su juventud e inserción en el rock.

Sin embargo, lo anterior es más bien un imaginario compartido acerca de lo joven, que resulta ser más útil para clasificar a los demás como jóvenes o no-jóvenes y menos para autoclasificarse como tales. Es decir, las responsabilidades sociales no necesariamente impiden que la persona ya no se autoadscriba como joven, sino más bien funcionan para no adscribir a los demás como tales. Como argumentos o puntos de referencia suelen ser utilizadas las prácticas de ocio en el sentido de tiempo libre que está utilizado para un cierto estilo de vida juvenil: convivir con amigos, conocer cosas y gente nueva, salir a antros y pasar tiempo fuera de las responsabilidades del hogar y el círculo familiar. En ambos casos retomados en este estudio se reconoce una constante negociación frente a la posibilidad de que dichas «responsabilidades» interfieran con las experiencias de ocio; por ejemplo, con las jóvenes que participan en el rock se denota un anhelo por la maternidad sin tener que dejar de pertenecer al rock.

Si entendemos por juventud y adultez dos etapas transitorias de vida, no es equívoco, pero marcar una división o frontera rígida entre las dos resultaría una simplificación del tema. Son dos etapas que tienen sus extremos, pero al mismo tiempo se sobreponen, se imbrican y poseen fronteras poco definidas, en constante proceso y resignificación. Por lo tanto, no solo es importante desnaturalizar la juventud de la edad biológica, sino también reformular la supuesta dicotomía juventud-adultez en términos menos antagónicos. La transición de la juventud a la adultez puede no involucrar una fricción y un rito de paso, sino una continuidad donde la persona vive en las dos cualidades simultáneamente. Actualmente no solo los contextos institucionales y sociales definen desde fuera la pertenencia

de la persona a una u otra etapa en el ciclo de vida, sino también lo hace la persona de manera subjetiva a través de un proceso reflexivo que se apropia del discurso institucional y negocia con él, configurando estrategias para producir novedosas maneras de «ser joven» a través de las experiencias de ocio. No se puede afirmar cuál de estas definiciones/visiones vale más o resulta ser más importante, porque el valor y la importancia de este reconocimiento dependen del momento, la situación y el eterno social donde la persona se encuentre.

Referencias bibliográficas

- Agustín, José, 2007 (c.1996), *La contracultura en México: la historia y significado de los rebeldes sin causa, los jipitecas, los punks y los chavos bandas*, México, Grijalbo.
- Csikszentmihalyi, Mihaly, 2001, «Ocio y creatividad en el desarrollo humano», en Mihaly Csikszentmihalyi et al. (coord.), *Ocio y desarrollo: potencialidades del ocio para el desarrollo humano*, España, Universidad de Deusto/Instituto de Estudios de Ocio, pp. 17-32.
- Cuenca, Manuel, 2000, *Ocio Humanista*, España, Universidad de Deusto/Instituto de Estudios de Ocio.
- Dávila León, Oscar, 2005, «Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes», *Última Década*, 21, pp. 83-104.
- DeNora, Tia, 2000, *Music in Everyday Life*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Encuesta nacional de prácticas y consumo cultural (ENPCC), 2004, Conaculta/Sistema de Información Cultural, reporte, México, (http://sic.conaculta.gob.mx/ficha.php?table=centrodoc&table_id=3), consulta: 17 de agosto de 2015.
- Estrada, Tere, 2000, *Sirenas al ataque: historia de las mujeres roqueras mexicanas 1956-2000*, México, Instituto Mexicano de la Juventud.
- Fábregas Puig, Andrés, 2012, «De la teoría de la aculturación a la teoría de la interculturalidad. Educación y asimilación: el caso mexicano», *Intercultural Communication Studies*, 1(21), pp. 1-8, (<http://web.uri.edu/iaics/files/03AndresFabregasPuig.pdf>), consulta: 15 de abril de 2015.
- Feixa, Carles, 1999, *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, México, Secretaría de Educación Pública- Centro de Investigación y Estudios sobre la Juventud.
- y Pam Nilan, 2014, «¿Una juventud global? Identidades híbridas, mundos plurales», en Carles Feixa (comp.), *De la Generación@ a la #Generación: la juventud en la era digital*, España, NED ediciones, pp. 33-46.
- Frith, Simon, 2002, «Music and Everyday Life», *Critical Quarterly*, 44(1), pp. 35-48.
- , 1996, «Música e identidad», en Stuart Hall y Paul du Gay (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 181-213.
- Foucault, Michel, 2008, *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Buenos Aires, Paidós.

- Giménez, Gilberto, 2000, «Identities étnicas: estado de la cuestión», en Leticia Reina (coord.), *Los retos de la etnicidad en los Estados-nación del siglo XXI*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto Nacional Indigenista/Porrúa, pp. 45-70.
- Hall, Stuart, 2010, *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en los estudios culturales*, Colombia, Envío Editores.
- Lascano, Nicolás Welschinger, 2014, «'Rolling no, stone'. La música como 'tecnología del yo' en jóvenes mujeres de sectores populares en la Argentina», *Versión. Estudios de Comunicación y Política*, 33, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, pp. 59-69.
- Lauretis, Teresa de, 1996 (c.1989), «La tecnología del género», *Mora*, 2, pp. 6-34.
- Lonsdale, Adam y Adrian North, 2011, «Why do we listen to music? A uses and gratifications analysis», *British Journal of Psychology*, 102, pp. 108-134.
- Martín Criado, Enrique, 2005, «Construcción de los problemas juveniles», *Nómadas*, 23, pp. 86-93.
- Pérez Islas, José Antonio, 2010, «Las transformaciones en las edades sociales. Escuela y mercados de trabajo», en Reguillo Rossana (coord.), *Los jóvenes en México*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 52-89.
- Pérez Islas, José Antonio, 2008, «Juventud: Un concepto en disputa», en José Antonio Pérez Islas et al. (coord.), *Teorías sobre juventud. Las miradas de los clásicos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 9-33.
- Pérez Ruiz, Maya Lorena, 2014, «Los jóvenes indígenas vistos por la antropología. Una ventana a la etnografía del siglo XX», en José Luis Vera Cortés et al. (coord.) *Temas de la antropología mexicana*, vol. II, México, Academia Mexicana de Ciencias Antropológicas, pp. 233-259.
- Pérez Ruiz, Maya Lorena, 2011, «Retos para la investigación de los jóvenes indígenas», *Alteridades*, 42(21), pp. 65-75.
- Pérez Ruiz, Maya Lorena y Luis Manuel Arias Reyes, 2006, «Ni híbridos ni deslocalizados. Los jóvenes mayas de Yucatán», *Revista Iberoamericana de Comunicación*, 10, pp. 23-59.
- Tipa, Juris y Juan Pablo Zebadúa, 2014, *Juventudes, Identidades e Interculturalidad. Consumos y gustos musicales entre estudiantes de la Universidad Intercultural de Chiapas*, México, UNACH.
- Tipa, Juris, 2013, «Los gustos musicales y los procesos identitarios entre los jóvenes universitarios de la Universidad Intercultural de Chiapas», *Devenir*, 24, pp. 251-272.
- Urteaga, Maritza y Mauricio Sáenz Ramírez, 2012, «Juventudes, géneros y sexos. Resituando categorías», *Revista del Centro de Investigación. Universidad La Salle*, 10(37), pp. 5-21.
- Urteaga, Maritza, 2011, «Retos contemporáneos en los estudios sobre juventud», *Alteridades*, 21(42), pp. 13-32.
- Urteaga, Maritza, 2010, «Género, clase y etnia. Los modos de ser joven», en Rossana Reguillo (coord.), *Los jóvenes en México*, México, Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 15- 51.

- Urteaga, Maritza, 2008, «Jóvenes e indios en el México contemporáneo», *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 6(2), pp. 667-708.
- , 1998, *Por los territorios del rock. Identidades juveniles y rock mexicano*, México, Causa Joven.
- Valenzuela, 1999, «Caminos del mal: avatares del rock tijuanense. Introducción», José Manuel Valenzuela y Gloria González (comps.), *Oye cómo va, recuento del rock tijuanense*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes /Centro Cultural Tijuana/Instituto Mexicano de la Juventud, pp. 21-33.
- Viera, Merarit, 2015, *Jóvenes excéntricas: cuerpo, mujer y rock en Tijuana*, México, Abismos/Seminario de Investigación en Juventud/UNAM.
- Zebadúa, Juan Pablo et al. (coords.), 2014, *Etnorock. Los rostros de una música global en el sur de México*, México, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas-Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Juan Pablos.